

Jorge Rigoni: «Presidir el CIEER fue una alegría inmensa porque me encontré con un desafío y un equipo de gente que valía oro. No estaba solo en esa lucha»



Cuando estudiaba Ingeniería Mecánica, en Rosario, no existía la carrera de Ingeniería Electrónica sino, la hubiera elegido sin dudar.

Como no tenía las posibilidades económicas apropiadas para poder terminar la carrera, tuvo que ingeniárselas y trabajar. Armar radios, televisores y combinados surgió como opción y la tomó para poder emanciparse.

El 26 de diciembre de 1968 se consagró Ingeniero Mecánico y desde aquel día, hasta hoy, afirma que no hay cosa electrónica que no pueda ser reparada por sus manos.

Confiesa, entre otras cosas, que no hay mejor carrera que la Ingeniería y que «donde hay un Ingeniero hay alegría» porque «el Ingeniero trae la solución».

¿Cómo fue tu primer acercamiento con el CIEER?

En 1969 me inscribí en el CPIER (Colegio de Profesionales de la Ingeniería de Entre Ríos). En aquel entonces estábamos todos juntos, las seis matriculas convivían en un Colegio único. A mí me gustó ver y estar en ese ambiente. Me encontraba con profesionales y me informaba sobre el funcionamiento del Colegio. Empecé a estar en las comisiones y me fui empapando, lentamente, de muchas cosas. Luego, pasado algún tiempo, nos vimos envueltos en un problema a raíz de un Decreto desregulatorio de la época de Domingo Felipe Cavallo. Éste, iba en contra de la tarea de los Colegios porque avalaba que cualquiera podía hacer y cobrar lo que quisiera. Entonces, comenzó la separación de las matrículas. En ese ínterin estaba Hugo

Rojas de Presidente y le tocó pilotear la separación. Nuestro Colegio lo regentó Francisco «Pancho» Cacik. Aproveché a secundarlo a Pancho en todo lo que sea el Colegio nuestro y empezamos a organizarnos, ordenarnos y dividir bienes. Hasta que en el año 1995 me elijen Presidente de incipiente CIEER.

¿Qué significó para vos ese cargo?

Presidir el CIEER fue una alegría inmensa porque me encontré con un desafío y un equipo de gente que valía oro. No estaba solo en esa lucha. Teníamos que organizarnos en la parte económica porque, si bien en la playa y por las matriculas teníamos un ingreso, aparecían problemas que no sabía que había que afrontarlos, como ser: profesionales que venían por el gas, los caminos o enterarme que venían a trabajar

a Entre Ríos y, como provenían de otras provincias, no pagaban aportes al Colegio porque no se inscribían. En ese caso, lo primero que hice, en combinación con toda la Comisión Directiva, fue poner un abogado, el Dr. Campos Carlés que nos asesoró e hizo un estatuto casi desde cero. Este último, obligaba a que todos los que venían de afuera a trabajar a Entre Ríos se matricularan. Nos costó muchísimo, pero lo conseguimos. Fue una tarea que nos dio grandes satisfacciones.

¿Qué otras tareas se realizaron en tu gestión?

Organizábamos cursos, conferencias, convocamos un experto en Energía Atómica para que disertara sobre usinas nucleares, también ambientalistas que eran compañeros nuestros. Con Mauricio Friedrich viajábamos para reunirnos con otros Colegios de la Argentina de los cuales nos informábamos, comunicábamos y ayudábamos. Eso redundaba en un crecimiento en nuestro desenvolvimiento. Un día viene un compañero nuestro, el Ingeniero Químico Vírgala y me dice «Jorge, tenemos un problema. La provincia quiere sacarnos un plus que nos habían otorgado por matrícula por ser ingenieros. Tenés que ir a pelear con el Gobernador y conseguir que no lo saquen», hablé y logré que no lo saquen. Luego, vino Vírgala y me dio un abrazo que casi me rompe tres costillas. De esa felicidad, puedo contar muchas. Tomé el CIEER como mi propia empresa. De ese lugar coseché amistad, alegría y deseos muy grandes. Crecimos mucho. Prácticamente nos transformamos en una empresa de crecimiento.

Le dedicaste cuatro años al CIEER ¿y después?

Fundé LABLEC Ingeniería. Ansiaba tener un edificio económico que me sostenga independientemente del Estado. No depender de si trabajo en la Municipalidad o en otro ámbito estatal. Me largué a ganármela solo. Ese edificio que comenzó siendo una pequeña/mini empresa ahora la maneja mi hijo y es una empresa que se dedica al cuidado de equipamiento médico hospitalario, se venden y reparan equipos, se atienden lugares, tenemos una sucursal en Rosario y pensábamos expandirnos a Pergamino, pero empezaron todos estos dilates con la pandemia. No es muy grande, pero siempre hacemos cosas y crecemos.

«Para mí, no hay mejor carrera que la ingeniería»

¿Qué rescatás de esos dos mandatos seguidos al frente del CIEER?

La experiencia de convivir con los colegas. Socialmente hablando, te relacionás con tu gente y ves los problemas que tienen otros que a lo mejor uno no los tiene. Ingenieros con problemas en los trabajos, discusiones con las matriculas, zonas grises en las que las matriculas se superponen. Había líos bárbaros, pero nunca me achiqué ante los problemas, al contrario, había que buscar la solución. Y así lo hice en mi vida profesional también.

¿Ejerciste la docencia?

Sí. Desde 1969 hasta 1983 en la UTN y también cuando estaba la católica que después se transformó en la UNER. Cuando daba clases en la Facultad de Bioingeniería llevaba los respiradores para que los estudiantes los tocaran. Ellos nunca habían visto el aparato, lo habían estudiado teóricamente, pero no sabían sobre el manejo de las alarmas y los secretos que tiene. Les llevaba todos los chiches.

¿Y ahora qué tareas realizás?

Sigo trabajando. Nunca me aburro. No dejo de trabajar en mi casa. Acá no hay lavarropas, lavavajillas, computadora o auto que si le pasa algo yo no lo arreglo, así que mi esposa feliz. A cuanto cosa que sea mecánicamente factible, lo arreglo. Si no tengo nada que hacer, me amargo. Hago con tanta alegría mi trabajo que vivo feliz de la vida. También, fui Secretario del Centro de Jubilados, en el que ahora soy Vocal Tercero. Allí, me apodaron MacGyver porque todo lo que se rompía lo arreglaba. Entonces, ahora dicen «lleváselo a MacGyver que seguro te lo arregla» -dijo Jorge entre carcajadas al recordar.

¿Cómo pensás el rol del ingeniero en la sociedad?

Donde hay un Ingeniero, hay alegría. La Facultad nos prepara para usar la mente. Toda la matemática, física, química y álgebra que nos hicieron estudiar nos hace tener un lenguaje especial que si no sos Ingeniero no entendés. Te acostumbrás a reaccionar como persona lógica. Te adaptás a una forma de ver el mundo y la vida donde, con inteligencia, resolvés problemas. Cuando iba a los hospitales en los que trabajaba se alegraban porque llegaba la solución. Eso, te da una personalidad y un deseo de luchar en la vida que es impagable. Te ves como una persona útil para todo. La sociedad, al Ingeniero, lo ve bien. El único problema es la distancia y el tiempo. A veces te llaman por una urgencia y estas a 300km. Eso puede ser un impedimento. Para mí, no hay mejor carrera que la ingeniería.

